

«La personalidad es la cosa más misteriosa del mundo. No siempre se puede tasar justamente a un hombre por lo que hace.» Y con éste bello pensamiento de Wilde, el príncipe de la paradoja, quiero empezar estas líneas de reconocimiento al fuerte talento artístico de Noé Solano, no para justipreciar sus capacidades en arte, pues no me sería posible, porque la personalidad efectiva de un hombre no está en lo que ejercita en sus obras, sino la que vive en el ensueño.

No me propongo hacer el balance estricto de la obra de arte realizada por Solano en sus acusados dibujos de una gracia encantadora ni en sus caricaturas originales de un humorismo sano y a la vez sangriento, sino el elogio en deuda para quien tan magistralmente supo ilustrar con trazos simbólicos, que han llamado la atención de notables artistas del exterior, mi libro *Música Sencilla*.

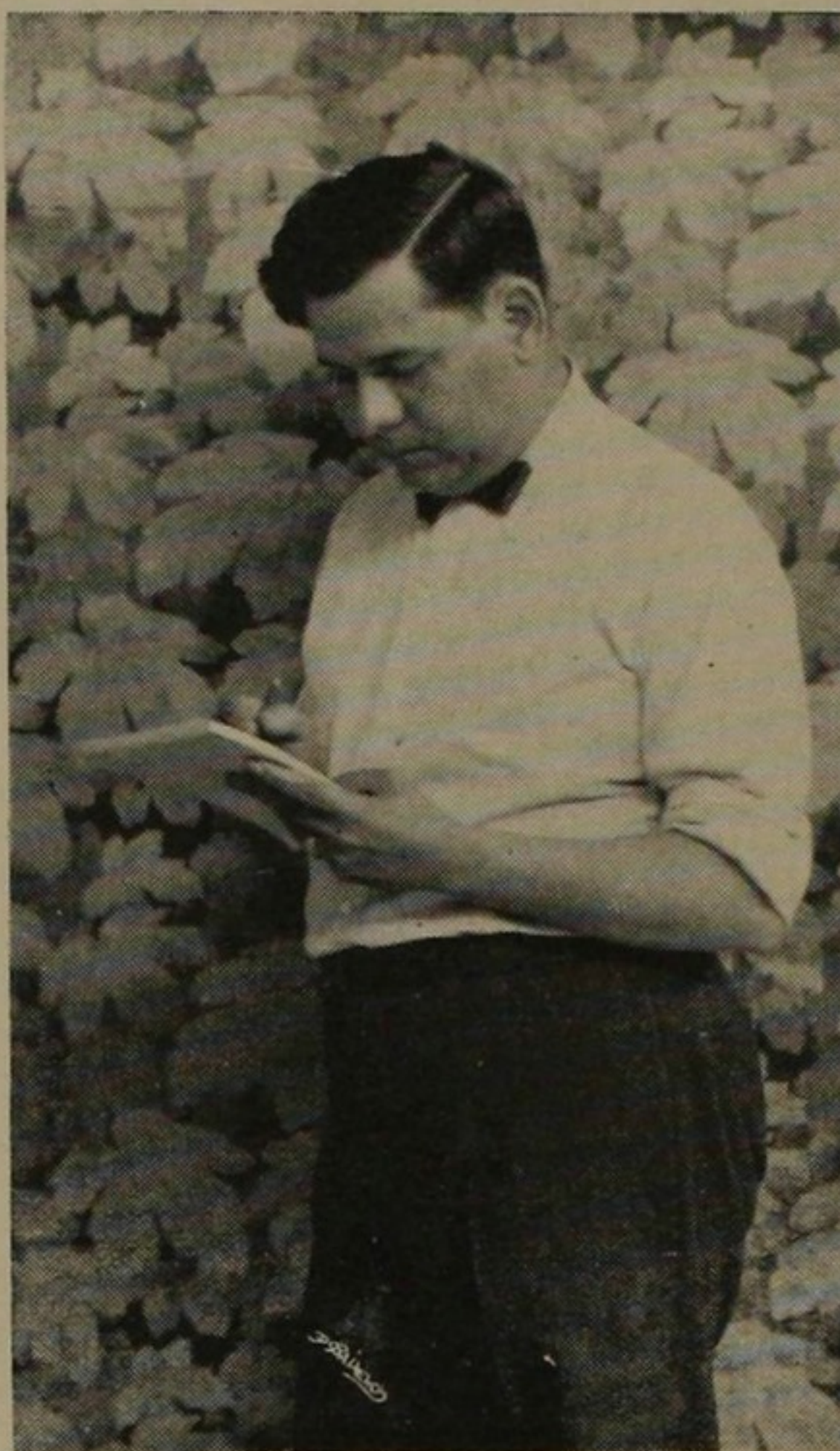
Ahora mismo acaba de circular el libro *Héroes del campo* de Modesto Martínez con numerosas ilustraciones de Solano, que aunque no tienen el encanto alegórico de las de *Música Sencilla*, revelan siempre la firmeza de la pincelada y la originalidad del motivo que las inspirara. Porque Solano pinta lo que ve y sabe que esto es una buena regla en arte, pero él va más lejos porque también pinta lo que siente y merece la pena de ser pintado, que es algo infinitamente mejor.

En esta mi Tiquicia, donde todo es bombo mutuo o autobombo, en donde la gacetilla de la prensa, para el que no es lerdo en estos trajines, sabe que está inspirada por el interesado, hacer el elogio de un artista como Solano, que no lo necesita, indudablemente ha de pasar inadvertido entre el montón de ditirambos que van siendo lugares comunes en quienes ya nadie para mientes.

Pero Solano, que no ha necesitado ayuda de nadie y que ha sabido im-

Un artista costarricense

(Envío de la autora)



Noé Solano

nerse a estrujón limpio entre la incompreensión ambiente, es un caso esporádico que revela un acusado espíritu artístico. Aquí donde hay cientos de becados en el exterior, en que los más retornan siendo las mismas medianías originales, nadie ha pensado en que cuatro años de Solano en el exterior completarían y afirmarían el talento ar-

Blanca Milanés

San José, Marzo de 1930.

tístico de este dibujante y caricaturista. Pero Solano, que no transije con la zalema estudiada ni con la adulación que nos disloca las vértebras, haciéndonos perder la dignidad, no sería capaz de desvelarse, por alcanzar una recomendación oficial o de trabajarse la simpatía de cuatro diputados, que a buen seguro, ignoran que un país se salva muchas veces por las riquezas de su arte, más que por sus esplendores materiales.

Por lo general admiramos o celebramos el humor incisivo o irónico que contiene una caricatura de oportunidad, pero no nos fijamos en el esfuerzo cotidiano que ello representa, en que hay que enfocar, con trazo seguro, el instante álgido de una situación política, el rasgo preciso del perfil de algún personaje de actualidad, la síntesis de un momento sociológico que está llamando la atención del público. Y en este continuo extraer del cerebro motivos o ideas, estriba uno de los aspectos más interesantes de la personalidad de Solano, que sin posturas espectaculares, a golpes de talento va labrándose su puesto de avanzada entre los caricaturistas de América.

Ojo vivo y sagaz el suyo, nacido para echar la gonzúa de la mirada al aspecto ridículo o trágico de hombres y cosas, mano a la vez suave y terca para llamar a su conjuro rectas y curvas, como obedeciendo a recónditos designios, pasión ardorosa de iluminado en las andanzas del espíritu que se nutre de colores y formas, andar un poco pesado de quien vive prendido de la lucecita del Ensueño y lleva en el alma un mundo que no es el de la realidad, así va Solano por la vida regando su sonrisa optimista, sin darse cuenta de que la sonrisa amable o burlona es una suprema flor de ironía, producto de una exquisita cultura artística.

AQUEL era un corral espacioso, circundado en cuadro por altas tapias, cortadas en lados opuestos por dos recios portales, uno sobre la carretera pública y otro sobre las dependencias de la granja a que el corral mismo pertenecía. En otro de los lados se alzaba el establo para las vacas lecheras y algunos animales de labor: enormes caballos percheros, de cascos acopados, muy grandes, como cestos invertidos, melenudos con penachos de crines lacias que barrían el suelo.

Dentro del corral, todo a nivel, sin yerbas ni plantas, tendía un charco su linfa de pocas pulgadas de profundidad, sobre un fondo fangoso, propicio a la cría y desarrollo de gusanillos y otras alimañas, apetecidas por las aves domésticas, como el *caviar* por los golosos. Allí, ante la madre medrosa y complacida, entregábanse los paticos a deportes natatorios sin peligro de traidoras corrientes.

La población del corral era numerosa; el elemento étnico—digámoslo así—

El triunfo de la verdad

Sobre un tema de Lord Dunsany

predominante, era de pollos y gallinas. Había algunos gallos, entre quienes la tradición de muchas generaciones hijas de aquella patria, y acaso también—dado el gran número de aves—la necesidad de repartir las responsabilidades naturales a su estado, habían culminado en un *modus vivendi* de pacífica distribución de funciones, sea, en la división del trabajo preconizada por los expositores clásicos de las ciencias económicas, ejemplo edificante y consolador muy distante del absolutismo exclusivista y pendero, privativo de los gallos educados en corrales de menos equitativa orientación moral.

Pululaban los pollos de todas las edades, desde los diminutos, cuasi implumes, hasta los ya entrados en días de campar por sus respetos, empeñándose en emular a sus mayores. Las cluecas conducían a los polluelos por todo al haz del corral, llevándolos al borde de la pe-

queña mar de los ánades en busca de nutrición suplementaria, o al estercolero de forma cónica, con la cumbre trunca en convexidad irregular, montón de los despojos del establo, hacinados para abono de las huertas.

Ascendían los polluelos en pos de la clueca, los escarpados flancos del que, sin su color de un pardo sucio y desteñido, fuera un *Mont Blanc*. La activa descomposición orgánica acentuada en las capas superiores brindaba más succulento premio a los más audaces de entre aquellos alpinistas: escrito está, de pollos y de hombres, que toda eminencia coronada trae su galardón.

Abundaban los capones, obesos, de andar pausado, con reflejos de tristezas o de ansias reminescentes en los ávidos ojuelos, expertos, como con fuerza de segunda naturaleza, en descubrir todo lo asimilable, por vía de alimento, hasta en los más recónditos parajes.

Formaban un grupo apartado los gansos: serios, insociables, dábanse a interminables caminatas, uno en pos de otro, en